

NÉLIDA PIÑON

EL PERENNE CARLOS FUENTES

Conocí a Carlos Fuentes en México, en 1966. Llegué allí por casualidad, venida de Estados Unidos, donde estuve disfrutando de una bolsa-beca concedida a futuros líderes de América Latina. Ya era él por entonces un escritor reputado y admirado, mientras que yo no disponía de credenciales para ser llevada a su presencia.

A él, sin embargo, no le importó que fuera una desconocida. Me recibió en su casa con afecto y generosidad, me cedió su tiempo. En ningún momento auscultó mi saber, ni me examinó en busca de mis títulos. Me invitó a sentarme en su confortable sala como si yo fuera uno de los suyos. Para él yo era tangible, porque pertenecía a la falange de los ángeles que forman parte de la literatura. Integraba, pues, el flujo inventivo que emana del continente americano. La escritura y el aliento del arte nos unían. Y me estimuló en ese momento a soñar con un continente que exige al escritor la vigilancia y fabulación que están en la mira de la escritura.

A partir de esa época, nunca lo olvidé. Con los años, nos hicimos amigos. Solo que mi profunda amistad por él incluye ahora a Silvia Lemus, mujer de refinada inteligencia y sensibilidad. Ambos son inseparables en mi corazón.

A ella estoy especialmente unida porque somos afines, porque nos queremos bien, porque nos entendemos con una simple mirada, porque lloramos juntas.

Pude abrazar a Silvia y a Carlos en momentos de gloria o de dolor. Aprendo con ellos a oír el diapasón secreto de los sentimientos. Y dondequiera que cada cual esté navegando, seguimos juntos, nos hablamos, nos comprometemos con el futuro de la amistad. De una amistad que me ayuda a vivir. Pues soy lo que los afectos me pautan y me dicen.

Hace mucho que acompaño a Carlos Fuentes. Sus excelencias intelectuales, la entereza moral con que practica el oficio de escritor y de hombre de su tiempo hacen de él un paradigma para los que se empeñan en el arte y en la vida. Y porque lo admiro y lo estimo me es difícil analizar su obra en tiempo tan breve, situarme históricamente frente a quien nos ofrece tanto y tanto representa en el universo cultural.

Sé, no obstante, que no deseo ser avara con este hombre excepcional, solo por el temor de fallar, de excederme. Tal vez comience afirmando que su rostro es bello, arcaico, altruista. De facciones que, aunque procedan de México, se enlazan con los mares Egeo y Mediterráneo, con el océano Atlántico, con las culturas autóctonas del continente americano. Esculpido en piedra, y modelado por el linaje del tiempo y por el lenguaje de las civilizaciones, esta cara suya, como si fuera la máscara dorada de Agamenón, es un palimpsesto proyectado para representar lo humano en versión armoniosa y conmovedora.

Lo veo en general caminando aprisa, indiferente al paso de los años. Como si la vida le exigiera reverencia a las utopías, a las quimeras eternas, a la ilusión del mundo, que es el misterio de su arte. De un arte en donde el paisaje estético y la dimensión trágica de lo cotidiano se armonizan, mientras reflejan una ética que rechaza las expurgaciones

que consumen el drama humano. Pues, como el apóstol Pablo, Carlos Fuentes debe mucho a lo arcaico, a los clásicos, a lo moderno. Habita, con naturalidad, el epicentro de las civilizaciones. En esa morada, él es usuario de sus irradiaciones, interpreta los dictámenes de la vida, activa la contundente convicción de que la narrativa conjuga carne y verbo. Y de que tal simbiosis mestiza refuerza su saber y su imaginación elocuente.

La palabra literaria de Carlos Fuentes jamás sale ilesa. Revitaliza pensamiento y acción, y contamina la expresión libertaria y polisémica. Para que el acto enigmático y voraz de su escritura enaltezca la proclamación de un discurso que excede con mucho lo que somos, lo que queremos ser.

En su soberbia obra las voces de Homero, de Jerónimo, de Erasmo resuenan, y sonreímos de puro placer. Su poética rastrea a estos precursores y da continuas pruebas de coincidir con los maestros de la imaginación. Con los que creen en el carácter proteico de los personajes literarios, capaces de asumir mil formas. Porque solo así se explica la génesis de un Artemio Cruz, de una Laura, de un Nonato, de un Felipe Montero, de una Inez, de un Federico Silva, de una Catalina y de los demás seres de su extensa galería.

Este Carlos Fuentes universal nació en México, que es su *pesebre*, la pasión de su escritura. Geografía privilegiada de sus circunstancias narrativas, desde cuyo promontorio define el mundo. En su condición de meteco recién llegado a la Atenas del siglo V, oriundo pues de una barbarie recién civilizada, él presenta a Sócrates, Aristóteles y Platón los signos que dilucidan el misterio americano. En el ágora mágica de esa ciudad hipotética, el autor refuerza su cosmopolitismo, jamás maculado por el tedio de los que piensan saberlo todo. Como auténtico exegeta de las Américas, igualmente preserva la fe en los valores de la provincia, que enaltecen

la cocina, la mesa de escribir, el farol de las esquinas penumbrosas, el lecho del amor y de la muerte. Mientras reconoce que en la modestia de la aldea americana la civilización se estableció y reclama continuidad.

La imaginación es su pasaporte. Ella, que sangra a lo largo de milenios, favorece su libertad, amalgama criaturas, capta el espíritu de la carne literaria. Como una masa de recursos exuberantes, la imaginación convive con las peripecias de los dioses y de los hombres. Aprueba la afirmación de Sganarelle, hijo dilecto de Molière, al predador don Juan de que «la fantasía es una facultad del alma». Carlos Fuentes además, si fuera desafiado, sería el primero en creer que es propio de la imaginación erigir en la arena una catedral capaz de levitar solo por ser objeto de culto. Y esto porque su concepción imaginativa deriva de una simetría moral y estética, del simulacro de una realidad que refleja las variadas versiones de un proyecto igualmente imaginado.

Culto y universalista, Carlos Fuentes transustancia la patria narrativa a través del mito. Familiarizado con las pautas originarias del tumultuoso pasado americano y del caos de la contemporaneidad, el conjunto de su obra adhiere a las mitologías que sedimentaron la psique americana. Se alía a las sustancias que forman el arte y le dan cabida en cualquier escenario. A Carlos Fuentes, sin duda, lo anima la creencia del santo Isidoro en las criaturas que, exiliadas en el interior de una naturaleza extraña, sembraban en torno, por eso mismo, prodigios y portentos. ¿Y por qué no aplaudir ese concepto, si la sumisión a la imaginación permite la existencia de una pléthora de mitos devoradores y expansionistas, en permanente mutación? Mitos que, en el ansia de corresponder a las necesidades del universo, engendran audacias metafóricas, primados estéticos.

Soy lectora constante de Carlos Fuentes. Su lectura me traslada hasta donde no pensaba ir. Como víctima de las metamorfosis literarias que me propone, me torno de repente mexicana, sin dejar de ser brasilera. Soy Sor Juana y Machado de Assis. Y aun, como afirma Carlos imperativo, hija de la Mancha. Salidos todos los escritores de un horno que produjo a Cervantes, de una fuente común, gracias a la cual la imaginación sobrecarga lo cotidiano con la sucesión de simbologías nostálgicas, dispuestas siempre a corroer las cuerdas llorosas de los sueños americanos.

Carlos, no obstante, a pesar de dominar el canon literario, se rebela voluntarioso contra él. En su afán de sumergirse en las profundidades de las emociones que forman el repertorio de la sensibilidad humana, sobrepasa fronteras estéticas, interfiere en lo tangible y en la materia que yace en el subsuelo. Así, destinado a descifrar enigmas encerrados en el abrazo mortal, nos ofrece lo sacro y lo profano instalado, acaso, en México. Y nos introduce en una cosmogonía particular, y solo suya, que congrega épocas pretéritas y geografías antípodas. Y todo para decirnos quiénes somos, a nosotros, que hemos vivido a la sombra del cautiverio y de los secretos.

Su memoria creativa, sin embargo, en permanente erupción, practica una valiosa dispersión metafórica para atender a los reclamos del verbo exaltado. Todo él, en cualquier circunstancia, no prescinde de los saberes que afloran de una abastecida matriz arqueológica que precisa ser espuria, polvorienta, impositiva, y que indistintamente evoca la teología del bien y del mal, vestigios de María Félix, Cantinflas, Sófocles, Velázquez, Cervantes, además de los estatutos de una interminable sabiduría. Pues Carlos Fuentes, en su humanismo, carga el pasado a su espalda.

El destino humano en escenas narrativas. Pero no se piense que su erudición es un fardo o una expiación. Se trata de una prodigiosa y espléndida cornucopia, que lo ayuda a pensar el universo y que lo afilia, automáticamente, a las artes, a la historia, a la política, a la economía, a la música, a las posibles versiones civilizadoras. Para él, aquello que habla, piensa, jadea colabora en su comprensión de lo otro, de lo que sucede a puerta cerrada.

Es un notable viajero. Narra paisajes y el cuerpo interior de los personajes. Merece el epíteto antes reservado a los viajeros compulsivos que en la Edad Media cruzaban Europa investigando sus propios límites, las fronteras, la civilización, llamados «el hombre del gran camino».

Revestido así de la ejemplaridad de Heródoto, de Maimónides, de Erasmo, Carlos Fuentes, en su deambular, da resonancia a los ruidos de las alcobas, a los rezos milenarios, al borboteo de la sangre oriunda de las batallas por el poder. Cumple la ruta narrativa en consonancia con los favores de la imaginación, que le dictan las reglas del arte de fabular. Consciente siempre de que conviene recoger, bajo el amparo de la poesía, cortezas de pan que son en verdad historias e iluminaciones.

Sobre todo sirve a la palabra con rigor, imprimiendo al texto el sello de la utopía y de la dimensión humanística. Sabe que el verbo mata y redime. Así, al igual que Colette, que fijaba en la pared de su sala parisina sus mariposas disecadas, algunas venidas del Brasil, con la esperanza de inmortalizarlas, Carlos Fuentes hace de sus ficciones, de sus ensayos, de su oratoria, notables frescos que, al ser leídos, son también sagas, nibelungos que Borges amó siempre. Para dar, no obstante, realce a sus novelas, utiliza en ellas una especie de arquitectura laberíntica que multiplica entradas y salidas imprevisibles. El hilo de Ariadna, que lo

lleva lejos, le permite concretar las ideas que brotan del capullo de su arte, de la parábola yuxtapuesta al texto, de la hermenéutica con que insiste en interpretar la realidad.

Inaugural y transgresor, Carlos Fuentes celebra el arte sin desalojar de sus novelas el caos y la *hybris* griega. Explora, ad infinitum, la capacidad analógica con la cual ingresa en la poesía y establece, como sea, alianzas ruidosas entre lo canónico y lo dispar, lo palpable y la abstracción, lo concreto y lo difuminado, las historias ibéricas y los códigos milenarios. Tiene un fino instinto para unir materias antagónicas, para así dar fe de la construcción humana, que nunca es impermeable o indivisible, sino que procede de un decálogo universal al alcance de todos y compatible con las invenciones nacidas de las tierras por donde anduvo la humanidad.

¿Y no es Carlos alegórico incluso cuando pretende no serlo? Pues sus fascinantes alegorías dan sustento a la fábula literaria. Conspiran con el pasado en la tentativa de descifrar la odisea contemporánea. De excavar la palabra hasta anclar en la caverna de Platón y, de allí, llegar al territorio donde el hombre divisó, por primera vez, la centella que le anunciaba el fenómeno del fuego. Alegorías mediante las cuales reclama que la América hable, pues quiere oír su voz. No acepta que nuestro continente se refugie en el fracaso del silencio, o se intimide con el ocaso utópico de un Artemio Cruz, o con el discurso totémico de *Terra nostra*. El ideario novelístico por el cual se bate continúa forjando otra América, aspira a llamar a la puerta del mestizo corazón americano. Presta a la América su verbo creador.

México, no obstante, es su poética. Su parábola narrativa, tan libertaria que se alimenta indistintamente de las Termópilas, del Jardín de los Olivos, del debate trabado entre Sepúlveda y Bartolomé de las Casas, en Valladolid. El altiplano mexicano y el litoral veracruzano le imponen el lé-

xico revolucionario. El derecho de inventariar los bienes del mundo. Pues en su literatura la carne narra y la aventura humana se centra en el teatro de las representaciones.

Acompañó los intersticios de su arte, la ruta de este argonauta que ofrece a las Américas el vellocino de oro y enfrenta los retrocesos y las manifestaciones de la barbarie con la pluma en ristre. En defensa del arte y de la ilustración, navega en medio de la borrasca y la pasión. Hombre de pensamiento y acción, me parece un erasmista atraído por aquello que se sitúa fuera de los límites del lar. Del lar de la narrativa. Instado a traducir el tiempo, la geografía, la locura de los seres, los fenómenos venidos de la turbulencia de las iniciativas humanas. Aunque riguroso con el logos, confía en el pensamiento mágico, en las estructuras anímicas, para mejor narrar la epopeya americana. Mientras su elaboración estética filtra la antropología del texto, jamás se desvincula del universo iberoamericano. Nunca deja de ser el más mexicano de los griegos, el más griego de los europeos, el más romano de los africanos. Asume, con palabras propias, la procedencia «sincrética y barroca». Con tales prerrogativas prorroga el imperio de los sentidos y del dolor, cuando nos quiere definir. Se torna portavoz de las aflicciones humanas sin eludir la complejidad colectiva. Actúa con arrojo en el hemisferio de la emoción, de la desdicha, de la ventura novelesca. Bajo el manto inclemente de su juicio crítico, da relevancia social a las historias señalando la indiferencia y la hipocresía de nuestros tiempos. Las injusticias, las desigualdades presentes en la América y en el mundo. Pues Carlos Fuentes, creador y ser ético, está donde la mente y el corazón de todos se alojan. Como a Terencio, lo humano no le es extraño.

No obstante, se somete al magnetismo del lenguaje y de los paisajes para que sus personajes entonen loas a sus dra-

mas. A fin de cuentas, ellos fueron señalados por Carlos para teatralizar su narrativa, para que sean compatibles con la ilusión novelesca. Aunque nosotros les hayamos prestado la carne para servirles de modelo.

Pues en su arte hay el simulacro de la vida. Pero la verosimilitud es cuestionada por él mismo. Se complace en liberar a su grey, sin imponerle certezas. No quiere demandas de aquellos nacidos de la fabulación. Por el contrario, con la intención de ampliarles el horizonte, Carlos Fuentes propaga ambigüedades en torno a sus actos. Sobre todo, como una regla de oro, los aprisiona a la infancia, que es el coto de caza de la memoria individual. E insta a sus personajes a sucumbir al hechizo del espejo, una provocación recurrente en su obra. Al yugo del mismo cristal que otrora aniquiló a la Medusa.

Y, a la vez, él incita a sus personajes a superar las imposiciones de un realismo reductor. Tal vez quiera que ellos, en una acción individualista, acentúen el prestigio de la parodia. El hecho es que cuando Carlos Fuentes transige con los mandamientos del arte es porque tiene como blanco internarse en el laberinto de las emociones, de donde no se sale, engrandecer el repertorio del arte, conjugar la vida con el vértigo de la invención.

La primorosa técnica presente en su obra nos asegura que la vida narrativa está en todos los lugares. Y que es deber suyo ejercer con soberanía los poderes que le otorgaron los dioses mexicanos, mientras le murmuraban discretamente quién merecía ser inmolado en aras de su arte. Esos mismos dioses que, desde su juventud, le ofrecieron la omnisciencia, la ejemplaridad, e hicieron de él el intérprete de las incertidumbres y de los sentimientos cruciales, de la materia que se posa en las encrucijadas y escarnece las esperanzas humanas.

No vacilo en afirmar que su arte narrativo refleja la grandeza venida de la fabulación y de la voluptuosidad onírica. De las palabras fulgurantes que constituyen un festín inigualable. Le estoy, pues, agradecida por su grandeza. Él enriqueció siempre mi condición de escritora, de ibérica, de brasilera. Me emociona el modo en que sabe amar a su tribu literaria. El modo en que habla de todos nosotros como si hablara de sí mismo. El modo en que permitió que lo sintiera hermano en la escritura y en la visión del mundo.

Y me emociona más aún estar junto a Carlos Fuentes cuando cumple augustos y joviales 80 años. Largo tiempo de una existencia dedicada al magnífico ejercicio de crear, de elegir el mundo como modelo ideal de su meditación. Un mundo que, al reforzar su arte literario, expresa la visión de la realidad y del sueño.

Siempre quiso, por otra parte, durante estas décadas, que se supiese por dónde transitó su arte, su pensamiento, su corazón, su vigilante atención. En qué lugares estuvo la imaginación, en qué tejado humano se posó como un pájaro inquieto, pronto a alzar el vuelo. Dónde, por fin, se encuentran su misericordia y su complicidad con los seres.

Desde los inicios de su vocación literaria, la desabrida imaginación del autor se comprometió con los haberes humanos. Apostó por la imperfección de la realidad para inventar, habiendo establecido con la invención un pacto que desembocó en la novela *La región más transparente*, publicada hace 50 años, y que constituye un panel alegórico de la ciudad de México. El retrato moral de un campamento humano inmerso en el caos narrativo, en el que nos introduce Carlos Fuentes travestido de Dédalo. Del arquitecto que, mientras lidia con reyes y monstruos, se encamina por los laberintos de la ciudad y hace de ella metáfora del México urbano y rural.

Escrito a los 30 años de edad, el libro refleja la excepcional madurez del autor. El milagro de incursionar, ya en la primera novela, en los registros recónditos de la metrópolis, en las instancias históricas y civilizadoras de un país con la densa complejidad de México.

En la narración, el autor acumula funciones. Como creador, historiador y geógrafo, camina por las calles y por las almas de los personajes con igual desenvoltura. Aspira a reconstruir la capital mexicana con perniciosas minucias y según su noción de lo real. Y la convierte, de tal modo, en una fuerza persuasiva, un centro que concentra esplendor y miserias. Una polis capaz de desafiar adversidades circunscritas al drama en cuestión.

Su oficio narrativo crece saliendo de su propia órbita. Es menester que reconozca que la metrópoli, ampliadas sus dimensiones, es el refugio de los mortales. Y, como nada es perfecto en esta geografía imaginaria, los personajes, ante la mera mención de sus nombres, se reproducen de inmediato en otros, en una irresistible cadena social. Y así actúa Fuentes en consonancia con el fundamento de que los personajes deben asumir la carga de la propia conducta, los conflictos de su ideología existencial. De manera que, en desesperada secuencia, se centren en el espacio urbano y confundan sus voces entre sí en una insólita mixtura. A fin de ser todos parte del registro civil, independientemente de la clasificación social.

Sus personajes ocupan un territorio que el lenguaje literario de Carlos Fuentes devora sin piedad. Y, consciente de que todo es tránsito e incertidumbres en la vida de un creador de ficción y de sus criaturas, quiere inmortalizar esta epopeya urbana. Una convicción estética que, por cierto, lo amparó en la construcción de una novela en que insinúa, entre tantas inquietudes, la androginia de los personajes, la

percepción de que todos, heridos de la dolorida forma humana, necesitan invadir la carne y los sueños ajenos. Con el propósito de absorber la narración que les falta.

En la consecución de la tarea creadora, Carlos Fuentes arbitra con audacia. Arranca de los personajes las cáscaras bajo las cuales se ocultan la arrogancia y el exhibicionismo social. Desea dejarlos desnudos, sin defensa. Hay que detectar la soledad de cada cual hecha de la soledad del otro. Siendo xifópagos que se odian y afásicos de corazón, ellos simulan el don del habla solo para mentir y engatusar. Todos unidos bajo el prisma del horror urbano pintado por un Jerónimo Bosco que, en realidad, es el mexicano Carlos Fuentes.

El repertorio del *dramatis personae* de la novela es elocuente. Son muchos los personajes que desvelan la condición humana. Como Ixca Cienfuegos; Norma Larragoiti; el poeta Manuel Zamacona, brutalmente asesinado; Federico Robles; Hortensia Chacón. Una extensa genealogía de criaturas fastuosas y miserables, cuyas existencias reivindicativas buscan una tenue esperanza. Fueron ellos quienes depositaron la propia alma lejos de su alcance. Una entrega fatal debida tal vez a la brevedad de la vida, al fracaso inminente, al caos de los sentimientos, a los continuos desencuentros, a las omisiones, a los descalabros sociales, a la extrañeza urbana. Saben a duras penas salvar unas vidas cosidas por los hilos demoledores de un discurso narrativo que propaga las adversidades de una región oscura y carnívora.

El autor, sin embargo, al apuntar el desgarramiento cotidiano de los hombres, realza las señales de impiedad, de indiferencia, de desamor, de traición, de injusticia de los personajes. Muestras que se reparten a lo largo de un tiempo real y subjetivo, depositadas en el fondo de la psique nacional. Una materia que, al utilizar los mitos de la

imaginación, amplía la visión polisémica del autor, le permite erigir pilares, muros, tejados, los sustentáculos de las idiosincrasias patrias. Le permite incluso registrar la inestabilidad social y política derivada de la Revolución mexicana de 1910, del movimiento transformador que, enraizado en la historia mexicana, todos intentan sepultar en nombre de la modernidad urbana.

Bajo la apariencia de un fresco, *La región más transparente* elucida los instantes constitutivos de México, la conducta de las generaciones que sucedieron a estos revolucionarios. El paulatino descrédito de los sueños y de la utopía por parte de una sociedad que, a través de personajes como los de la novela, dejó de lado mitos e ideales de antaño. Que los circunscribió a la letanía de la memoria, a la pulverización de las causas y de los sentimientos que en el pasado se consideraban nobles. Sin embargo, aun bajo el impacto de los dilemas originarios del enigma novelesco, ellos enriquecen la ilusión narrativa, atienden al ritual poético de Carlos Fuentes, dispuesto a inmolarlos en aras de la creación novelesca.

El autor, no obstante, no renuncia a sus prerrogativas, en el afán de profundizar su fascinante exégesis. Así, ocupa el epicentro del drama y señala qué personaje debe perdurar por más tiempo en el recuerdo narrativo. Un abordaje que se convierte en un verdadero tributo al arte de narrar. A la habilidad de someter a sus criaturas a un caleidoscopio que a cada movimiento adopta una nueva forma.

Se destaca Ixca Cienfuegos. Como protagonista mayor, es víctima y verdugo de su propia urdidura. Álter ego de todos, impulsa las agujas del reloj urbano en dirección al aniquilamiento. Ungido por una madre mítica, que le señala el destino insalubre y desolador, abandona el altiplano de los ancestros para enfrentarse a las ruinas contemporáneas

de la urbe implacable. En esta región más transparente, va borrando poco a poco los rasgos de la propia existencia.

Fuentes insiste en valorizar el lenguaje poético, no siempre lineal, a veces caótico, interrumpido por fragmentos, superposiciones. Como si él, imbuido de lecturas clásicas, pretendiese, desde la concepción inicial de la novela, evocar a Artemisa, la heredera de los atributos familiares de Zeus y Apolo, encargada de integrar a los hombres en la polis. A quien le corresponde domesticarlos, exorcizar su aspecto salvaje, definir moldes civilizadores. Consciente tal diosa de que el desacato de las normas sociales ocasiona la inmediata animalización humana.

Un parámetro que apuntaría a criticar el concepto urbano, la sociedad que, regida por valores artificiales e hipócritas, está condenada al ostracismo, al tiempo que consolida la noción de que su estrella guía es la brújula de la invención. Razón para bregar por que la experiencia creadora trascienda lo meramente estético y se convierta en una transgresión de orden cósmico. Rehuyendo, para ello, las reglas de un realismo explícito, a cambio de la cercanía del misterio, al cual se consagra.

Es una narración orquestal. Una masa sonora cuyos metales, cuerdas, oboes, trompetas resuenan, hablan, se lamentan, mientras que los personajes, subordinados a sus marcas trágicas, delegan en el autor la decisión estética de seguir la regla griega que exige un arte ajustado a la medida humana.

Siguiendo tal principio, Fuentes nos ofrece, en la extraordinaria novela *La región más transparente*, la historia del siglo XX. Arguye quiénes somos, cuál es el grado de nuestras contradicciones, de nuestra moralidad cívica, de nuestros escrúpulos. Y nos demanda que asumamos finalmente la metáfora del continente.